



Oralidad y escritura

(Conferencia para la Cátedra Julio Cortázar, Guadalajara, 17-05-05)

El lenguaje es tan abrumadoramente oral, que de los muchos miles de lenguas –posiblemente decenas de miles-- que se han hablado en el curso de la historia humana, sólo unas 106 han practicado la escritura en una medida suficiente como para haber producido literatura, y la mayoría de ellas nunca se han puesto por escrito. De las más o menos 3000 lenguas habladas que existen hoy, sólo unas 78 poseen literatura (Ong, 1982, 7).

En su libro ya clásico *Oralidad y escritura*, el jesuita norteamericano Walter Ong ha estudiado admirablemente los contrastes existentes entre las culturas dotadas de escritura –que son poquísimas, como hemos visto y las abundantes culturas orales, que nunca han tenido escritura, culturas que él llama “de oralidad primaria”. Estamos, hoy, aquí, tan inmersos en una cultura “escrita”, que tendemos a olvidar que, en efecto, el ser humano es por naturaleza un ser que piensa y se expresa por medio de la palabra oral y que la escritura es un fenómeno tardío, derivado y artificial (1982, 5-10, *passim*), o, como dijo Borges, “un sucedáneo de la palabra oral” (1960, p. 157). Y nos cuesta infinito trabajo imaginar cómo “funciona” la gente sin escritura alguna. De ahí la importancia de los estudios de Ong y de otros autores antes y después de él, como Eric Havelock (1963).

En esos estudios aprendemos que en las cultura de oralidad primaria la memoria desempeña un papel fundamental, como lo desempeñan, por ello, los recursos nemotécnicos de todo tipo: las repeticiones y redundancias, las fórmulas fijas y semi-fijas, las construcciones proverbiales, las regularidades rítmicas y sonoras y muchos procedimientos retóricos. Aprendemos que los relatos orales son necesariamente lineales –sin saltos temporales-- y son episódicos; que su sintaxis característica consiste en la cadena de elementos que se van yuxtaponiendo o coordinando, como cuentas en un collar; no subordinando unos a otros. En el discurso oral, por otra parte, no hay manera de volver atrás, ni para el hablante –lo dicho dicho estáni para el oyente: si se le ha escapado algo, no puede rescatarlo. Pero el discurso oral tiene sus tácticas para contrarrestar eso, consistentes básicamente en la repetición. “La redundancia, la repetición de lo que acaba de decirse, permiten que el hablante y el oyente no se pierdan”; y por eso, “la mente tiene que avanzar más lentamente...” (p. 40). Marcel Jousse, uno de los primeros exploradores del estilo oral –su libro se publicó en 1925--, observa que “en los ambientes étnicos donde florece el estilo oral, cuantas más son las repeticiones, más se aprecia al recitador” (Frenk, p. 92).

Recordemos el cuento de la pastora Torralba, que Sancho le cuenta a don Quijote para distraerlo y distraerse del espantable ruido de los batanes en la noche oscurísima (I, 20; ed. Murillo, p. 242):

--Digo, pues, ...que en un lugar de Estremadura había un pastor o cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras; el cual pastor o cabrerizo, como digo, de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba; la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico...

Don Quijote, claro, se desespera:

--Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho..., repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días; dile seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada.
–De la misma manera que yo lo cuento –respondió Sanchose cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contar de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

El pasaje no tiene desperdicio; en él se contraponen un hombre de cultura oral y otro hombre cuyo modo de pensar y de expresarse estaba marcado por la palabra escrita e impresa; como “hombre de entendimiento”, según el dice, don Quijote estaba acostumbrado a organizar sus ideas y expresarlas en secuencias lógicas y sin repetirse. No es ya capaz de entender la función de ese “estilo oral rítmico y nemotécnico”, según reza el



título de Marcel Jousse.

Por eso don Quijote se desespera también ante los refranes de Sancho cuando se acumulan, a su parecer, sin orden ni concierto; para él, ese residuo de cultura oral que es el refrán tiene valor como “sentencia” que adorna el discurso y debe emplearse sólo en momentos muy adecuados, cuando sirve de ilustración a una idea, mientras que para Sancho los refranes y su acumulación tiene otra función muy diferente, que don Quijote no entiende. Cuando aconseja a su escudero cómo debe comportarse cuando sea gobernador de la Índula Barataria, le dice:

--También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que... muchas veces los traes tan por lo cabellos, que más parecen disparates que sentencias.
--Eso Dios lo puede remediar --respondió Sancho, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros, pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo. Mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena y quien destaja no baraja, y a buen salvo está el que repica y el dar y el tener seso ha menester.
--¡Eso sí, Sancho! --dijo don Quijote--. ¡Encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano... (II, 43; ed. Rico, pp. 974-975).

Pero hay un momento en que don Quijote se muestra envidioso de esa capacidad sanchesca: “Dime, ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato, *que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase?*” (II, 43, ed. Murillo, p. 364). Aquí es donde Sancho contesta: “Por Dios, señor nuestro amo, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes”. La respuesta es maravillosa: Sancho tiene detrás de sí y dentro de sí un caudal de cultura popular, y cuanto más logra evocarlos, más se identifica con su colectividad, más es alguien dentro de su mundo; cuantos más refranes le vienen a la memoria en un momento dado, más rico y más poderoso se siente. ¡Gran diferencia con respecto a su amo, el solitario cuya cultura son los libros”.

oooooooooooooooo

Dice Ong: “El pensamiento y discurso escuetamente lineal o analítico es una creación artificial estructurada por la tecnología de la escritura” (p. 40). La tecnología de la escritura trajo consigo también la posibilidad de crear una distancia entre la narración, por un lado, y las vivencias que le han dado origen. En toda cultura oral, en cambio, se produce una identificación empática del narrador y sus oyentes con el héroe y sus circunstancias (Ong, 1982, p. 46). Y otra vez me viene a la memoria la obra de Cervantes, porque en ella conviven, genialmente, la nueva distancia del narrador ante lo narrado con su antigua identificación afectiva: por un lado, leemos, al comienzo del *Quijote*, que “En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo” (I,1; ed. Murillo, p. 74), donde el narrador tiene frente al personaje una distancia irónica; pero por otro lado, olvidando su papel, el narrador puede meterse en el relato y, como si fuera un personaje, regañar a la Gitanilla cuando, en presencia de su enamorado, alaba al paje poeta: “Mirad lo que habéis dicho, Preciosa, le dice el narrador, y lo que vais a decir; que ésas no son alabanzas del paje, sino lanzas que traspasan el corazón de Andrés, que las escucha. ¿Queréislo ver, niña? Pues volved los ojos y veréisle desmayado encima de la silla, con un trasudor de muerte... Llegaos a él enhorabuena, y decilde algunas palabras al oído...”; y, como si hubiera escuchado la advertencia, Preciosa le dice a Andrés unas palabras al oído que lo alivian (ed. H. Sieber, t. 1, pp. 96-97).

La cultura oral vive en un presente siempre presente, en el *hic et nunc*. Por eso, también --y esto nos interesa especialmente aquí las palabras sólo tienen el sentido que les da el contexto humano preciso en que aparecen. “Por supuesto, dice Ong, las culturas orales no tienen diccionarios” y además, no les interesan las definiciones. “El sentido de cada palabra es controlado... por las situaciones de la vida real en que se usa, aquí y ahora” (p. 47). El habitat de las palabras no consiste, como en el diccionario, en otras palabras, “sino que incluye ademanes, inflecciones vocales, expresiones faciales y todo el entorno humano existencial en el cual se da siempre la palabra real, la palabra hablada” (p. 47).

El “pensamiento situacional” y “operacional” de las culturas orales contrasta con el pensamiento por



categorías de las culturas quirográficas, como las llama Ong; del mismo modo, el pensamiento situacional excluye el pensamiento lógico formal, que es un “invento de la cultura griega cuando hubo interiorizado la tecnología de la escritura alfabética” (p. 52). Un silogismo se basta a sí mismo y está desligado de toda realidad concreta; por eso no les dice nada a los analfabetas. Y Walter Ong resume:

Una cultura oral simplemente no se ocupa de objetos como las figuras geométricas, las categorías abstractas, los procesos de razonamiento lógico formal, las definiciones o incluso las descripciones exhaustivas...; todo ello deriva, no simplemente del pensamiento mismo, sino de pensamiento que ha cuajado en escritos (p. 53).

En efecto, la cultura escrita, ya manuscrita (quirográfica) ya impresa (tipográfica), aportó a la humanidad formas de pensamiento, de conocimiento y de expresión que no son posibles en una cultura totalmente oral. Gracias a ella surgieron las ciencias, la historia, la filosofía; todas las modalidades del pensamiento abstracto y analítico, toda organización de las ideas y de su expresión.

La escritura fonética surgió a partir de la palabra hablada, y precisamente en el tipo de escritura fonética que más de cerca quiso reflejar la palabra hablada, o sea, la escritura alfabética que incluía vocales, se produjo un proceso de abstracción que, al hacer que se bastara a sí misma, más la alejó del contexto vital. Es ésta la hipótesis de Havelock, que Ong hace suya: la escritura alfabética griega, al analizar el sonido en componentes espaciales, transformó el sonido en un objeto visible (Ong, p. 90). Con ello la escritura pudo servir para transcribir otras lenguas, para que los niños aprendieran a leer y escribir desde pequeños, para que cualquiera –no sólo una élite– pudiera aprenderlo.

De la invención del alfabeto griego hasta su difusión e interiorización entre la población griega, en tiempos de Platón, transcurrieron más de tres siglos. En general, el paso de la cultura oral a la escrita tuvo que darse, por fuerza, de manera muy gradual. Como bien dijo Walter Ong, “la mente no posee en un principio recursos propiamente quirográficos” (p. 26), o sea, que tuvo que irselos creando, descubriendo una a una las inmensas posibilidades que ofrecía esa nueva manera de pensar y de expresarse, que, evidentemente, correspondió en un principio a una necesidad ya existente. Por otra parte, la cultura oral, que en Occidente había marcado a la humanidad durante siglos, se resistió otros tantos a desaparecer, y de hecho no ha desaparecido hasta nuestros días. Ha tenido y tiene muchas maneras de manifestarse y de contrarrestar –o, si se quiere, complementar la hegemonía de la cultura escrita.

Una de esas maneras, quizá la más persistente en la historia de la cultura occidental, ha sido la transmisión de los textos escritos a través de la VOZ. (Y no me tomarán ustedes a mal que repita algo de lo que escribí en mi libro *Entre la voz y el silencio*, cuya 2ª edición está a punto de publicar el FCE, libro que se ocupa, precisamente de este tema). Desde la Antigüedad y a lo largo de la Edad Media, los textos se difundían predominantemente por medio de la lectura en voz alta, cuando no por medio de la memorización y la recitación de los textos, ante grupos de oyentes. Por algo el verbo *leer* significó fundamentalmente, durante mucho tiempo, ‘leer en voz alta’; así lo define todavía en 1611 el *Tesoro* de Covarrubias: *leer* es “pronunciar con palabras lo que por letras está escrito”. Ya en el XVIII el *Diccionario de Autoridades* dirá: “Pronunciar lo que está escrito o repasarlo con los ojos”, y la última etapa nos la da el “Pequeño Larousse”, que se olvida de la pronunciación: “Recorrer con la vista lo escrito o impreso para enterarse de ello”.

Los tratados de ortografía que, en gran número, se publicaron en España durante los siglos XVI y XVII son, de hecho, tratados de pronunciación, que enseñan a leer correctamente en voz alta al *lector* (que no era sino el intermediario entre el libro y su público). En esos tratados encontramos cosas verdaderamente muy curiosas. Se nos dice, por ejemplo, que el “lector” “en un mismo tiempo deve leer a lo menos dos palabras del todo diferentes: la primera, con la lengua, y con los ojos la siguiente, [...] para que luego la lengua pase a ella, sabiendo ya como deve leerla” (en Frenk, 1997, p. 42). O se nos dice: “tengamos [...] por mejor el escribir como pide el pronunciar [...], pues se escribe para que se pronuncie lo que se halla escrito” (en Frenk, 1997, p. 42).

Tan íntimamente ligada estaba la escritura con el sonido de las palabras, que incluso la lectura solitaria, al menos en la Edad Media, se hacía casi siempre en voz alta. Es muy conocida la anécdota aquella de san Agustín, cuando en sus *Confesiones* cuenta de la sorpresa que causaba san Ambrosio porque “cuando leía sus ojos se deslizaban sobre las páginas y su corazón buscaba el sentido, pero su voz y su lengua no se movían” (Frenk, 1997, pp. 73-74, 110-111). Para la Edad Media abundan los testimonios sobre la costumbre generalizada de leer en voz alta.



¿Y después? No han faltado quienes afirman categóricamente que esta costumbre cambió con el advenimiento de la imprenta. David Riesman dijo que la imprenta “creó al lector silencioso y compulsivo” (p. 17). Pues no, no fue así; fue un proceso multiseccular, que se prolongó hasta comienzos del siglo XIX, según sabemos hoy. Porque hoy sabemos mucho más sobre esto que hace todavía treinta años, gracias a una serie de estudios sobre la oralidad y la escritura. Pero parece que estos estudios todavía no han pasado al dominio público. Y estamos tan condicionados por la cultura escrita, somos tan “escritocéntricos”, que muchas veces nos cuesta trabajo comprender el funcionamiento mental de un analfabeta o imaginar épocas y lugares donde predominaba el sonido de las palabras sobre su representación gráfica, para no hablar de aquellos en que toda comunicación era exclusivamente oral. Del mismo modo, el paso de la lectura en voz alta a la lectura en silencio no podía sino prolongarse durante siglos. Es bonito lo que a este propósito ha dicho Erik Havelock:

Suponer que después de un millón de años, la vista de un artefacto físico –un escrito– podía sustituir súbitamente el hábito, biológicamente programado, de responder a los mensajes acústicos, esto es, que el leer podía reemplazar el oír, de manera automática y fácil, sin ajustes profundos y artificiales del organismo humano, es darles la espalda a las lecciones evolucionistas (en Frenk, 1997, p. 93, nota 46).

Uno de los aspectos más apasionantes de todo este proceso me parecen ser, cuando los observamos de cerca, los conflictos internos que se han ido dando en ciertos escritores a raíz de esas transformaciones. Yo les he seguido la pista un poco en dos españoles de comienzos del siglo XVII que parecen haber percibido de manera especialmente aguda el paso de la lectura oral-auditiva a la lectura silenciosa y sus implicaciones. Son Lope de Vega y Mateo Alemán. A Lope le preocupa que sus comedias salgan impresas: “no las escribí, dice, con este ánimo ni para que desde los oídos del teatro se trasladaran a [...] los aposentos”. Lo que importa es ver la acción y oír las palabras, no sustituirlas por un retrato sin vida. Un personaje de Lope, doña Blanca, se resiste a leer en silencio unos sonetos, arguyendo:

[...] que muchas cosas que suenan
al oído con la gracia
que muchos las representan,
descubren después mil faltas
si escritas se consideran:
que entre leer y escuchar
hay notable diferencia,
que aunque son voces entrambas,
una es viva y otra es muerta. (En Frenk, 1997, p. 79).

Y cosas así decía también Mateo Alemán, en su *Ortografía*, publicada en México en 1609:

La diferencia que hacen los vivos a los defuntos, los onbres a las estatuas, esa misma es la que llevan a los escritos las palabras... (p. 83)

Pero Mateo Alemán se fue convenciendo de las ventajas que trae la escritura, y lo dice claramente:

Que sin comparación se debía estimar en mucho más lo escrito (por su inmortalidad), que las palabras, pues apenas la lengua cesa cuando todo lo que á hablado [...] se lo lleva el viento.

Y Lope de Vega, por su parte, se regodea en que el lector lea las comedias en su aposento, sin ruido ni murmuraciones. Por lo demás, le dice al lector, mientras lees, puedes imaginarte las acciones y con tu propia gracia dar movimiento a los personajes. Hay en Mateo Alemán un pasaje muy impresionante en que retrata a un lector solitario y silencioso ante un texto que lo conmueve y que lo hace reaccionar casi físicamente, como si lo oyera recitar de viva voz:

Cuando en alguna letura [=texto] de consideración ai escritas cosas alegres, parece que a gritos dizen los ojos lo que se va leyendo con ellos, i centelleando en el rostro, se rasga la boca, para que pueda



salir por ella el gusto. I si son tristes, el resuello cerrado y oprimido casi rebienta el corazón en el cuerpo. (En F, p. 84)

La lectura silenciosa ha hecho desaparecer la voz, la experiencia directa y sensorial de los textos, la presencia viva de la comunidad que comparte la lectura. Ahora ya no se oye con los oídos, “se oye” con los ojos. En un momento de euforia exclama Lope: “Aunque sea cosa tan excelente el oír, puedo yo con sola la vista oír leyendo y saber sin los oídos cuanto ha pasado en el mundo” (p. 84). *Oír con la vista, con los ojos*: la metáfora sinestésica se repite mucho en ese siglo, desde el “y escucho con mis ojos a los muertos” de Quevedo hasta el “Óyeme con los ojos / ya que están tan distantes los oídos...” de Sor Juana y su “óyeme sordo pues me quejo muda”. Pese a las ocasionales euforias, creo que predomina en todo ello la sensación de una pérdida, la conciencia de que la naturaleza ha sido sustituida por un artificio falaz. Lo decía Cascales, en sus *Cartas filológicas*, de 1634:

¿Qué cosa tan contraria a la naturaleza, la cual nos dio la lengua para el uso de hablar, y nosotros la metemos en la vaina del silencio y damos sus oficios a las manos, al papel, a la pluma (En Frenk, 1997, p. 85).

Lo impresionante es ver reaparecer estas nostalgias todavía dos siglos después. En 1813 decía Goethe, en *Poesía y verdad*, que “escribir es un mal uso del lenguaje; leer en silencio para uno mismo, un triste sustituto del lenguaje hablado” (Schön, 1987, p. 105). Y Hegel, en 1817: por su abstracción, la escritura alfabética se ha transformado en “jeroglíficos”; es una “escritura muda” y su lectura, una “lectura sorda” (Frenk, 1997, p. 94). Pero todavía en 1936, oímos a Antonio Machado cuando muestra a Juan de Mairena diciendo a sus alumnos:

Yo nunca os aconsejaré que escribáis nada, porque lo importante es hablar y decir a nuestro vecino lo que sentimos y pensamos. Escribir, en cambio, es ya la infracción de una norma natural y un pecado contra la naturaleza de nuestro espíritu. Pero si dais en escritores, sed meros taquígrafos de un pensamiento hablado” (Machado, 1971, p. 263).

oooooooooooooooooooo

El aspecto predominantemente oral/auditivo de la lectura traía consigo una concepción más amplia y más compleja que la actual del fenómeno de la lectura, concepción que, por lo pronto, queda de manifiesto cuando se examinan los contextos en que se nos presenta el verbo *leer* y se observan sus variaciones semánticas. Estas variaciones casi nunca aparecen registradas en los diccionarios, ni siquiera en el *de Autoridades*, tan sensible a los diversos matices de las palabras, y lo mismo cabe decir de otros verbos que iremos examinando aquí.

Ya lo hemos visto: comúnmente, *leer*, a secas, era ‘pronunciar lo leído’; cuando se quería aludir a una lectura silenciosa, se decía, por ejemplo, “leer para sí”, “leer en secreto”. La tercera jornada de *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón es una bonita prueba de ello. Lucrecia, según la acotación, “saca un papel y ábrele y lee en secreto”; poco después Jacinta le dice: “lee baxo, que darás / mal exemplo”, y Lucrecia: “No me oyrás; / toma, y lee para ti”. Enseguida, dice la acotación que: “Lee Jacinta”, lo cual implica una lectura en voz alta, puesto que el texto reproduce las palabras contenidas en el “papel”.

Por otra parte, en el *Quijote*, que es una verdadera mina para observaciones sobre la lectura, se dice (I, 32; p. 397) que los segadores entretienen el tiempo “leyendo” libros de caballerías. Sin embargo, los campesinos no saben leer; lo que hacen es escuchar a uno que sí sabe y que les lee en voz alta. Para este sentido de *leer* como ‘escuchar lo que otro lee en voz alta’, tenemos más ejemplos.

Durante la Edad Media y los siglos subsiguientes, como vimos, también quienes leían a solas, para sí mismos, lo hacían muchas veces pronunciando las palabras. O sea, que, de una manera u otra, la gente leía escuchando el texto; por eso, como sostiene un autor, “*legere* significa a la vez *audire*”. Hay que recordar a Dante (*Infierno*, XXII, 118); “O tu, che leggi, udirai nuovo ludo...” Tan estrecha asociación de la vista con el



oído condujo también al frecuente uso, inverso, del verbo *oír* con el sentido de ‘leer’, como veremos.

Pero no ganamos para sorpresas. La lectura estaba estrechamente asociada a otras manifestaciones que implicaban la elocución de un texto, pero sin la presencia física de ese texto, en otras palabras, a la recitación, previa memorización. El verbo *leer* podía ser sinónimo de lo que hoy llamamos *recitar*, *recitar de memoria*. A fines del siglo xvi la Inquisición procesó a un morisco llamado Román Ramírez, que sabía de memoria libros de caballerías enteros, porque juzgó, la Inquisición, que para hacerlo debía tener trato directo con el demonio; un testigo afirmó: “leerá tres meses sin tener papel ni cosa delante”. En esos documentos inquisitoriales aparece reiteradamente *leer* con el mismo sentido, y también *leer de memoria*: “este testigo ha oído muchas veces leer al dicho Román Ramírez libros de caullerías e capítulos dellos que le han pedido que lea, y el dicho Román Ramírez lee de memoria...” En la *Dorotea* de Lope de Vega Julio ha recitado de memoria unos versos, y Fernando lo elogia: “Con tanta acción has leído, Julio, esos versos, que...” (libro iii, 1). Tal sentido de *legere*, verdaderamente exótico para nosotros, existió en toda Europa antes y después de Gutenberg.

El hecho, en realidad, no resulta tan difícil de explicar. Por grande que fuera la importancia de la escritura, y más tarde, de la letra impresa, se diría que en la mentalidad de entonces todavía no existía una gran diferencia entre la lectura de un texto registrado en el papel y la de uno guardado en la memoria. Es como la música: en un concierto no nos importa mucho si el instrumentista toca de memoria o con la partitura delante.

Esta especie de igualación entre la escritura y el registro en la memoria traía consigo otro fenómeno que nos resulta extraño: hoy procuramos ser fieles al texto escrito, cuando lo leemos en voz alta o lo citamos de memoria. No era así antes: los textos variaban en cada lectura, en cada recitación. Más que sobre los textos, el peso recaía sobre su *performance* ante un público, en un lugar y un momento específicos, y las adaptaciones del texto a las circunstancias de ese momento, junto con otras variaciones debidas al olvido o al gusto, estaban a la orden del día. Esto se ve clarísimo en mucha de la poesía del Siglo de Oro español, pues en las varias versiones que se conservan de un soneto, un romance, unas décimas, por ejemplo, suelen proliferar las variantes, a veces casi tanto como en las canciones de la tradición oral.

Resumiendo, son, pues, cuatro las acepciones que, desde nuestro punto de vista actual, tenía el verbo *leer* todavía en el siglo xvii: 1) el sentido mayoritario de ‘leer en voz alta’; 2) el muy frecuente de ‘recitar de memoria’; 3) el de ‘oír’; 4) el aún poco frecuente de ‘leer en silencio’. El ámbito semántico del verbo *leer* daba cabida a fenómenos que para nosotros pertenecen a otros campos, como la audición y la memoria. Lo mismo ocurría, desde luego, con los sustantivos correspondientes.

Era grande la importancia social del lector, que no constituía, como hoy, una persona que casi siempre lee para sí misma y sólo con los ojos, sino un individuo que leía en voz alta ante un grupo de personas, actuando como puente entre el texto y los oyentes. La palabra *lector* designaba en general al que leía en voz alta; así, en el siglo xvi se nos dice que si no se enseña al niño a pronunciar bien el latín, “quedará siempre mal lector”. En la Francia del siglo xvi el poeta Ronsard prologa la edición de un poema épico suyo diciendo: “Sólo te suplicaré, lector, que pronuncies bien mis versos”.

Pero la palabra *lector* designaba además al receptor mismo de esas “lecturas”, al oyente o conjunto de oyentes. El “Prólogo al lector” de muchos impresos tiene en mente a un oyente. Si dudamos, basta ver un romance ~~obscuro~~ del siglo xvii que dice: “letor curioso, oye y calla”.

Otros verbos, además de *leer*, se usaron en la Edad Media y los siglos xvi y xvii para designar indistintamente las dos maneras de vocalizar un texto, a base de un papel manuscrito o impreso y a base de la memoria. Tomemos el propio verbo *recitar*. Significaba lo mismo que hoy, o sea, repetir de memoria. Pero además *recitar* quería decir ‘leer en voz alta’, con un texto delante. Para diferenciar este último sentido del otro, algunos decían *recitar en papel*.

Ahora bien, *recitar* tenía también otro sentido, que nos desconcierta aún más, porque no implica ni la presencia ni la existencia de un texto, sino que se refiere a un hecho de realidad: *recitar* podía ser sinónimo de ‘contar un suceso’. “Oh, tú, escudero mío”, dice don Quijote a Sancho en Sierra Morena (I, 25; p. 308), “toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites a la causa total de todo ello”. O sea, que un suceso era comparable a un texto, y viceversa: nuevo elemento para contrastar nuestra concepción moderna del texto con la que se tenía hace algunos siglos.

No nos extraña, pues, que el verbo *referir* no significara sólo, como hoy, ‘relatar’ un suceso’, sino que



podía aludir a la recitación de un texto escrito y memorizado; así, en Juan Rufo leemos: “refería un romance cierto poeta, y llegando a un verso que decía...”, y también: “oyendo referir una fábula de Ovidio, donde dice que...” En dos de sus acepciones eran, pues, sinónimos *recitar* y *referir*.

Otro caso notable es *decir*, verbo que, pese a la variedad actual de sus usos, ha reducido bastante su ámbito semántico. También en Sierra Morena, don Quijote le comenta a Sancho que quiere leerle la carta que le ha escrito a Dulcinea, “porque la tomase de memoria”, y Sancho contesta: “Dígamela vuestra merced, que me holgaré mucho de oílla” (I, 25; p.....), o sea, ‘léamela’. Pero luego el cura y Sansón Carrasco le pedirán a Sancho “que dijese la carta otras dos veces”, o sea, que la recitase de memoria. Ahí están, una vez más, los dos sentidos más frecuentes de *leer*: ‘enunciar oralmente con o sin un texto delante’. Aparte de ello, *decir* se usaba también, y muy a menudo, con el sentido de ‘cantar’ (“díganos otra letra y tono nuevo”). Y *decir* podía significar también ‘componer versos’. Observo de pasada, una vez más, que, de todos esos sentidos de *decir*, sólo uno, el que conocemos hoy como sentido básico, figura en el *Diccionario de autoridades*.

Pero *decir* nos depara aún otra sorpresa: se usaba abundantemente con el sentido de ‘escribir’, ‘poner letras en un papel’. Así, vemos en la gramática de Villalón (siglo XVI): “el sonido de la pronunciación le enseñará con qué letra deba escriuir: dirá [=‘escribirá’] *jarro* y no *xarro*; ... dirá *xabón* y no *jabón*”, etc. En su *Ortografía Mteo Alemán* se refiere a la manera como los italianos y los portugueses escriben el sonido de la eñe: los toscanos “dizen *degno*, *ognuno*”; los portugueses “dizen *ingenho*”.

El verbo *decir* podía aplicarse a la escritura porque, evidentemente, la escritura estaba tan anclada en la experiencia auditiva como la lectura misma. Es obvio que quien escribe sabiendo que va a ser leído de viva voz tiene su sensibilidad sintonizada con las sonoridades del habla, reproduce mentalmente los sonidos de lo que va escribiendo. Cabría afirmar que hoy tendemos a “escribir en silencio”, mientras que en el siglo xvii todavía “se escribía en voz alta”, que había una oralidad implícita en la escritura; esta todavía *se decía*. Por eso, alguna vez encontramos el verbo *escribir* con el sentido, precisamente, de ‘decir, recitar’.

Es fácil imaginar las confusiones que podían surgir por la ambigüedad del verbo *decir*; así se entiende que surgieran expresiones como “decir escribiendo” y “decir y escribir”, usadas por Cervantes en el *Quijote*, ambas, al parecer, con el sentido de ‘poner por escrito’: cuenta la princesa Micomicona (I, 30, p. 376) que su padre “dejó dicho y escrito en letras caldeas o griegas, que yo no las sé leer...”; y en la Segunda parte: “aquí exclamó Benengeli y escribiendo dijo: ‘¡oh, pobreza, pobreza...!’” (II, 44; p. 370).

Si la escritura “se decía”, igualmente “se hablaba”. Selecciono algunos ejemplos de los muchos que podrían citarse, sobre el uso de *hablar* con el sentido de ‘escribir’. De la *Ortografía* de Alejo Venegas: “...que viendo quán mal hablaba aquel libro, sacaremos aviso para saber cómo nosotros no es bien que hablemos”. Un siglo después, Quevedo, al arremeter contra el estilo gongorino, dirá que “quien habla [o sea, escribe] lo que otros no entienden primero confiesa que no entiende lo que habla”.

Como ocurría con el verbo *decir*, a veces, para evitar confusiones, la gente usaba expresiones como “hablar por letras” o “hablar con la pluma”; o bien, “hablar en escrito”, frente a “hablar en voz”. Pero generalmente, como hemos visto, ni esta ni otras ambigüedades de las palabras referentes a la enunciación parecen haber preocupado a los contemporáneos. Ellos sabían muy bien que se encontraban en un terreno movedizo y circulaban por él a sus anchas. Todo era posible en aquel tiempo, en el que incluso cabía “recitar por escrito”.

Así, al menos tres verbos que hoy se destinan a la elocución vocal --*decir*, *hablar*, *recitar*-- podían usarse antaño para referirse a la escritura. De los dos primeros usos quedan reliquias hoy puesto que afirmamos que un libro “habla” de tal cosa o que un artículo “dice” tal otra.

Hemos visto que la complejidad mencionada al principio va muchísimo más allá de las varias acepciones que tenía el verbo *leer*. Hemos visto asociarse por distintas vías otros verbos --*recitar*, *referir*, *decir*, *hablar*-- y surgir una intrincada red de significantes y significados. Lo que en nuestro tiempo son conceptos aislados, separados unos de otros, en los siglos anteriores, cuando todavía, y abundantemente, la gente leía en voz alta y repetía textos de memoria, se conjuntaban en un solo ámbito. Es nuestra época, “escritocéntrica” y limitada por la hegemonía de la lectura silenciosa, la que ha venido a especializar las designaciones, creando fronteras que no existían y escindiendo un terreno antes unitario.

Al abarcar la audición y la memoria y al hermanarse con *recitar*, *referir*, *decir*, *hablar*, el verbo *leer* no fue sino uno de los términos usados para designar ese fenómeno múltiple (para nosotros) que podría resumirse como “la enunciación (y recepción) de un texto”, o, especificando más: “la enunciación y recepción



de un texto, escrito o no, memorizado o leído, ya en silencio, ya en voz alta”.

Al irse imponiendo la lectura en silencio e ir desapareciendo la multitud de asociaciones entrelazadas que hemos tratado de desenmarañar aquí, fue el verbo *leer* el que ganó la partida, acaso por haber sido el más usado desde la Antigüedad y por ser casi el único empleado para designar la lectura silenciosa. Quizá respiremos con alivio por habernos quedado, tras todas aquellas peripecias, con sólo esa palabrita entrañable: LEER.

Breve bibliografía

Borges, Jorge Luis, 1960. “Del culto de los libros”, *Otras inquisiciones*, Buenos Aires: Emecé, pp. 157-163.

Cervantes, Miguel de, 1978. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, 2 vols. Madrid: Castalia.

Frenk, Margit, 1997. *Entre la voz y el silencio. (La lectura en tiempos de Cervantes)*, Alcalá de Henares: Universidad, Centro de Estudios Cervantinos; 2ª. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

-----, 1999. “Vista, oído y memoria en el vocabulario de la *lectura*: Edad Media y Renacimiento”. En *Discursos y representaciones en la Edad Media (Actas de las VI Jornadas Medievales)*, coord. Concepción Company, Aurelio González, Lillian von der Walde Moheno. México: UNAM / El Colegio de México, pp. 13-31.

Machado, Antonio, 1991. *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo, 1936*, ed. José María Valverde. 2ª ed. Madrid: Castalia.

Ong, Walter J., 1982. *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, Nueva York: Metuen. (Trad. esp. Angelika Scherp, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México: Fondo de Cultura Económica, 1987).

Schön, Erich, 1987. *Der Verlust der Sinnlichkeit oder die Verwandlungen des Lesers. Mentalitätswandel um 1800*. Stuttgart: Klett-Cotta.

Borges, Jorge Luis, 1960. “Del culto de los libros”, *Otras inquisiciones*, Buenos Aires: Emecé, pp. 157-163.

Cervantes, Miguel de, 1978. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, 2 vols. Madrid: Castalia.

Frenk, Margit, 1997. *Entre la voz y el silencio. (La lectura en tiempos de Cervantes)*, Alcalá de Henares: Universidad, Centro de Estudios Cervantinos; 2ª. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

-----, 1999. “Vista, oído y memoria en el vocabulario de la *lectura*: Edad Media y Renacimiento”. En *Discursos y representaciones en la Edad Media (Actas de las VI Jornadas Medievales)*, coord. Concepción Company, Aurelio González, Lillian von der Walde Moheno. México: UNAM / El Colegio de México, pp. 13-31.

Machado, Antonio, 1991. *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo, 1936*, ed. José María Valverde. 2ª ed. Madrid: Castalia.

Ong, Walter J., 1982. *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, Nueva York:

Catedra Latinoamericana Julio Cortázar
Conferencia Magistral



Metuen. (Trad. esp. Angelika Scherp, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México: Fondo de Cultura Económica, 1987).

Schön, Erich, 1987. *Der Verlust der Sinnlichkeit oder die Verwandlungen des Lesers. Mentalitätswandel um 1800*. Stuttgart: Klett-Cotta.